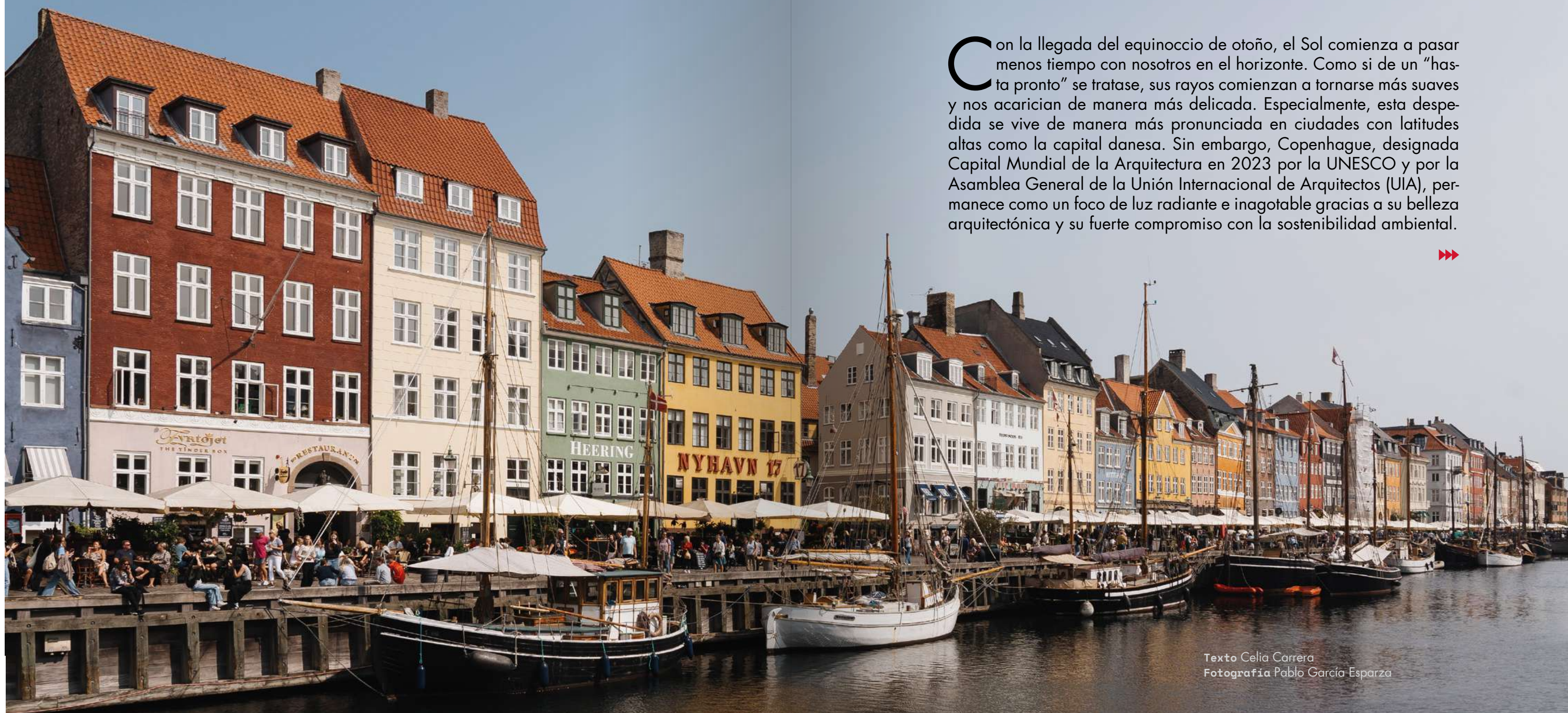


Copenhague

Un faro de luz amable

Con la llegada del equinoccio de otoño, el Sol comienza a pasar menos tiempo con nosotros en el horizonte. Como si de un “hasta pronto” se tratase, sus rayos comienzan a tornarse más suaves y nos acarician de manera más delicada. Especialmente, esta despedida se vive de manera más pronunciada en ciudades con latitudes altas como la capital danesa. Sin embargo, Copenhague, designada Capital Mundial de la Arquitectura en 2023 por la UNESCO y por la Asamblea General de la Unión Internacional de Arquitectos (UIA), permanece como un foco de luz radiante e inagotable gracias a su belleza arquitectónica y su fuerte compromiso con la sostenibilidad ambiental.



Texto Celia Carrera
Fotografía Pablo García Esparza



Antiguamente rodeada de una fortaleza que actuaba como escudo protector ante el tráfico marítimo, Copenhague se origina en una pequeña aldea de vikingos y pescadores llamada Havn –puerto en danés–. Gradualmente, sus raíces fueron creciendo y asentándose fuertes en el suelo, dando lugar a un núcleo comercial de especial interés para Escandinavia y el norte de Alemania. Casi nueve siglos más tarde, estas brotaron y florecieron hasta convertirse formalmente en la extraordinaria y amable ciudad que es hoy.

Copenhague es el escenario donde cada detalle está estudiado al milímetro para lograr ser una obra donde las personas adquieren el principal protagonismo, y donde el color esmeralda se impone en el paisaje sobre otras tonalidades. Considerada como un referente para otras urbes en el trayecto hacia la sostenibilidad ambiental, recibió el título de Capital Verde Europea en 2014 y aspira a ser la primera capital del mundo neutra en emisiones de carbono el año venidero. Bajo una iluminación tenue y difusa que alumbra las avenidas durante la mayor parte del año, y reduce las emisiones contaminantes, sus habitantes recorren la ciudad con la posibilidad de contemplar el cielo estrellado.





DEL RENACIMIENTO URBANO A LA ERA DE LOS TEJADOS VERDES

Uno de los reflejos de la fuerte conciencia ambiental se encuentra en la cantidad de espacios naturales que conforman la ciudad, contribuyendo al bienestar de los ciudadanos y favoreciendo la producción de serotonina –la también conocida “hormona de la felicidad”–, palpable en cada rincón de la ciudad. Para ello, Copenhague vivió una política de recuperación y transformación del espacio urbano en manos del arquitecto danés Jan Gehl, quien estudió la relación existente entre los espacios públicos y el comportamiento de sus ciudadanos. Tras peatonalizar calles y plazas y fomentar el uso de la bicicleta en lugar del automóvil, Copenhague es hoy una ciudad creada por y para los ciudadanos, reconocida como “uno de los lugares con mayor calidad de vida”, según el Índice de Felicidad de Naciones Unidas.

Sin embargo, otro de los focos principales de actuación –y quizá el más sorprendente– se encuentra en las fachadas. Los tejados también se transforman en espacios verdes donde poder admirar desde huertos urbanos y diferentes tipos de plantas o flores aromáticas, hasta disfrutar de miradores y rutas de senderismo. Sí, la cubierta de edificios referentes como Copenhill se transforman en espacios habilitados donde caminar, hacer escalada u otras actividades deportivas.

Asimismo, a través de la construcción de estas asombrosas azoteas ajardinadas, la capital danesa consigue reducir el riesgo de inundación en las calles, la limpieza del ambiente y los cambios bruscos de temperatura. Un claro ejemplo de solidaridad comunitaria y conservación de la biodiversidad que eleva la ciudad a un escalón superior, a la altura de sus tejados.





DISEÑO DANÉS, EL ARTE DE LO COTIDIANO

Pasear por las calles de la capital de Dinamarca es como embarcarse en un viaje a través del tiempo, donde el pasado ha sido renovado y adaptado a las tendencias sostenibles actuales, dando una segunda vida al legado histórico de la ciudad. Los tradicionales edificios significativos por sus tejas rojas o sus calles estrechas de adoquines se entrelazan con proyectos oníricos de vanguardia, desembocando en una ciudad aclamada como la cuna de grandes arquitectos.

Bajo la premisa “la forma sigue a la función”, Copenhague se adorna con edificaciones limpias, simples y funcionales, diseñadas para integrarse armónicamente con el entorno natural y urbano. El uso de los materiales característicos de la nueva arquitectura –como el acero o el cristal–, propició la creación de espacios abiertos y luminosos, que a su vez favorecieron la interacción y comunicación con el exterior. A través del diseño, también se puede establecer un vínculo emocional con los usuarios.

Es así como comenzó el movimiento conocido como funcionalismo danés, liderado por ilustres arquitectos como Arne Jacobsen. Desde los volúmenes ortogonales y las escaleras fluidas que componen el Ayuntamiento de Rødovre, hasta la belleza de los grandes ventanales que se imponen en el horizonte, característicos del Hotel SAS Royal, estas obras representan solo una pequeña parte de un asombroso catálogo que sirve como fuente de inspiración eterna para diseñadores de todo el mundo.

Con el objetivo de comprender y simplificar la vida cotidiana, esta corriente también envolvió a otros campos del diseño, como el diseño mobiliario y de objetos cotidianos, invitando a reflexionar sobre cómo estos influyen en el bienestar y moldean la experiencia urbana. A pesar de su magnitud, es una ciudad que recaba en lo más íntimo, demostrando el encanto de trascender lo superficial. Porque aunque la belleza también se encuentra en lo estético y lo decorativo, la verdadera calma reside en los pequeños placeres del hogar. ■

